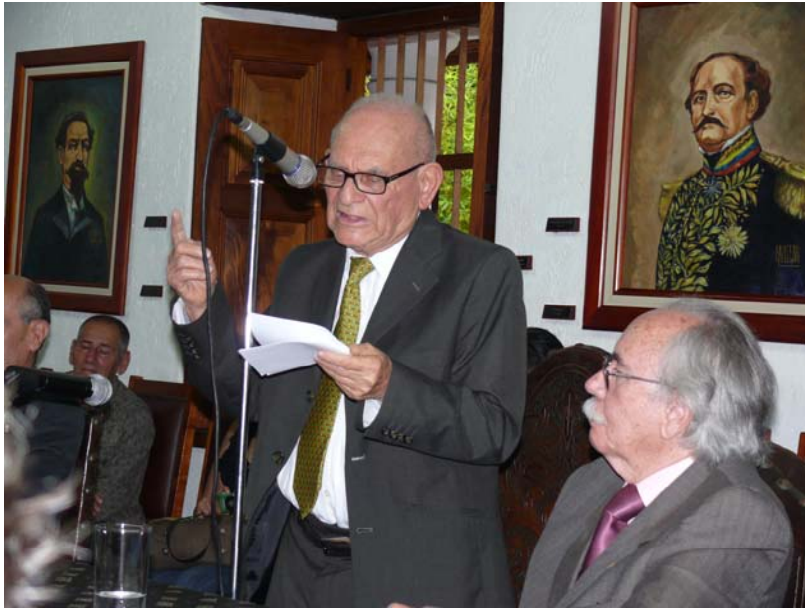


**HOMENAJE A ANDRÉS ELOY BLANCO. DR. ALFONSO RAMIREZ. 20 DE JULIO DE 2011**



Cuando se imprimía la tercera edición de la biografía que escribí de Andrés Eloy Blanco, quisieron en la editorial, que tan primorosamente hizo su trabajo, ilustrar la portada con un retrato del protagonista mejor logrado fotográficamente que el escogido por mi para las dos ediciones anteriores. Me opuse al cambio por el mismo motivo por el que me he aventurado a aceptar la honrosa invitación que el presidente de la Academia de Mérida me ha hecho para que hable en el

homenaje que rinde esta docta corporación a Andrés Eloy Blanco. Si es justo efectuarlo al cumplirse los ciento quince años de su natalicio, nada más oportuno que destacar aquí la angustia y la pasión con que él se dirige al auditorio, traslucidas en aquel rostro frente al viejo micrófono.

No es sólo, señores, el deber suyo y mío de enaltecer a uno de los grandes hombres de nuestra historia lo que nos mueve a celebrar este acto. Es que Andrés Eloy Blanco les ofrece a los venezolanos de hoy una lección cuya urgencia la está reclamando la hora presente. Ha llegado el momento de aprenderla, quizás no se encuentre quien esté dotado de las admirables aptitudes que en sí reunió el maestro; pero si los discípulos apenas rebasan los escaños inferiores de la escala y les resulta muy arduo alcanzar la cúspide a que ascendió el poeta, el momento que vive Venezuela les demanda volver los ojos y las manos y la lengua al ejemplo del que ganó para su causa de luchador popular a las multitudes que, al oírlo, se identificaron con él.

Si dedicara estas palabras a las que él pronunció en las universidades, en los salones, en el Panteón, en el parlamento, aunque más cabal sería la enseñanza que recibimos de sus labios, tres veces más largo sería mi

discurso. Por eso, con el permiso de ustedes, salgo de esta casa señorial y voy a las plazas públicas, donde nos espera el inconmensurable orador para que nos diga, sesenta y más años después, cómo el verbo de un hombre se hizo carne en su pueblo, cómo lo que guía es la palabra, desde el que predicó en Galilea hasta el que se irguió sobre las ruinas de un terremoto y le exigió obediencia a la naturaleza.

Cuatro virtudes esenciales me permito señalar en la oratoria de Andrés Eloy planeo, La primera, que sólo se consigue en contadísimos oradores, se confunde con su condición de poeta. Hay fragmentos de sus discursos que vibran con el mismo lirismo de sus versos. ¿No es un un poema en prosa lo que él improvisó en una esquina de Caracas cuando se supo la muerte del presidente norteamericano que derrotó al nazismo? el párrafo que les cito, amigos míos, es extenso, pero más extensa e intensa es la poesía que lo inspira. Muchos de vosotros conoceréis aquella hermosa leyenda de Selma Lagerloff, cuando imagina episodios para la vida de Jesús. Nos dice que Jesús, en sus horas de juego, jugaba con el barro; era buen ceramista y gustaba de hacer lindos pajaritos de barro. Cuando había terminado sus figuras, las

ponía a secarse en la acera, a la puerta de la carpintería, pero un vecino de la misma calle tenía un hijo, algo mayor que Jesús, que también quería hacer pajaritos de barro, y ocurría que sus manos eran duras, y mientras Jesús fabricaba aves perfectas, su vecino realizaba unos pájaros grotescos; y éste era un muchacho torpe y malo, movido por la envidia. Y un día esa envidia rebosó, hasta tal punto que se lanzó contra las aves de Jesús para aplastarlas con sus pies y Jesús, asustado, compadecido de los lindos pajaritos de barro, hizo la primera invitación al milagro y les gritó a las figuras inmóviles. "volad" y volaron los pájaros de barro. Pues bien, ante la bestia conquistadora que quiere aplastar en el mundo cuanto signifique belleza o cultura, ante la fiera armada de envidia y de rencor que quiere destruir todo cuanto hizo el hombre para bien de los hombres, Franklin Delano Roosevelt armó la más poderosa máquina de guerra que pudiera soñarse y se lanzó a la lucha por la libertad pero si él hubiera podido, si ello fuera posible, si el espíritu lograra lo que aquella bondad, "lo que aquella mirada, lo que aquella sonrisa desearían, acaso la voz de esa bondad habría hecho una nueva invitación al milagro y habría gritado, compasiva; ivolad, catedrales; volad, estatuas mojadas con la sangre inocente; volad, arcos y puentes;

volad, frondas de la filosofía; volad, flores de la cultura; volad, columnas, frisos y metopas del clásico, agujas del gótico ferviente, acribillada gracia del Renacimiento; volad, ojos en pasmo de los hijos en tierra; volad, ojos en llanto de las madres en cruz!”.

Desde Bailadores hasta Timotes alzó Andrés Eloy su magra figura ante los merideños, en octubre de 1946, defendiendo sus ideas políticas; pero, ¿por qué, aquí y en todo el país, hasta sus adversarios acudían a escucharlo? porque su predicación se cubría de lirismo. Los oradores políticos más fogosos saben que su palabra se hace irresistible cuando a lo lógico del pensamiento se une lo poético del sentimiento.

Sobre esta materia Unamuno es concluyente "sólo el poeta es gran orador, porque las palabras no son sagradas, no son puras, no son melodiosas, mientras no hayan pasado por el ritmo; palabra que no haya sido engarzada alguna vez con otras, en poesía, no es palabra de ley, de unción". Y remata así: "Todo gran orador es, ante todo y sobre todo, un poeta".

La música y la oratoria se acompañan juntas en Andrés Eloy. Planeó, cuando todavía vibraban en sus oídos las notas del tributo oratorio que nuestro poeta rindió al Libertador al inaugurar su estatua en la ciudad de México, su colega hondureño Rafael Heliodoro Valle exclamó maravillado; está "labrado en los materiales más puros de una sinfonía", es que en su iniciación Andrés Eloy fue poeta modernista, de la escuela de Rubén Darío. Y la armonía de su verso cautiva con igual melodía en la prosa de su discurso. Las arenas del Nuevo Circo fueron durante una hora un diapasón que dio eco a los acordes de una plegaria de la cual sólo digo (¿digo o canto?) esta frase musical;

"por eso... significa unidad venezolana, por eso significa unidad americana; porque no podrán todos los diplomáticos de América estrechar tanto dos países como cuando un gaucho argentino se está leyendo en Pajarote o cuando una colombiana del Cauca, dulce como hecha por Isaac, con un libro en las manos, se siente Marisela, granadina, Marisela, venezolana, Marisela gran-colombiana, meciéndose en la hamaca de María”.

La segunda virtud es inseparable de la primera; la emotividad, eso que Unamuno acaba de llamar "la unción". En la Constituyente, Andrés Eloy conmovió muchas veces a j sus compañeros, pero también a sus propios adversarios; era evidente que detrás de sus intervenciones había una carga de sinceridad que le llenaba el alma, tan poderosa que resultaba imposible sustraerse a ella, y que la fuerza que la sostenía era una dosis natural de humildad; porque "el humilde tiene el don de conmover", como dijo monseñor Ramón I. Lizardi; pero cuando los que se conmueven son los humildes... entonces es cuando salen a jugarse las vidas, que es lo que ignoran los soberbios. Y humilde fue Andrés Eloy cuando, confesándose pecador por apartarse de la materia en controversia., exclamó. "Que diga (Alberto Ravel) si el hombre que entró (en el castillo) era igual al que salió. ¡Bendito sea Dios por ese cambio!".

La vez en que, más que ninguna otra, los oyentes se conmovieron hasta las lágrimas, fue cuando, en medio de las penalidades del exilio, el portentoso orador se transformó ante ellos en el profeta bíblico que lanzó el treno condenatorio del crimen que poco antes se había cometido en su patria. Execró al verdugo que hizo de Ruiz Pineda un nuevo mártir crucificado. Mientras él, el

verdugo, sólo tendrá en la historia el papel secundario y sombrío de acompañar al mártir como el villano al héroe, como el hueco de sombra en que la luz se hizo, como el hombre amargo, cualquiera, innecesario, que le gritó a Pilatos; "perdona a Barrabás y mata a Cristo". Torpe y bruto el verdugo, que a cambio de un mendrugo de poder, que no podrá durar más que su vida, ganó el triste renombre del que esgrimió el flagelo, del que tiró la piedra, del que trenzó el espino, del que buscó la cruz, del que enterró los clavos, del que sirvió la hiél, del que clavó el lanzazo para que así quedara, redonda y sin defectos, la fábrica del mártir, la estatua del maestro.

Ahora, la tercera virtud, que a primera vista sería la antítesis de la segunda; pero, si ustedes se fijan bien, ambas nacen espontáneas en el corazón del hombre humilde, es el humor, señores. Esta cualidad la reconoció en el Congreso otro gran orador, Jóvito Villalba, jefe de un partido opuesto al suyo; "Yo lamento no tener el ingenio chispeante de mi admirado amigo el poeta Andrés Eloy Blanco". Cuando lo criticaron por sus chistes, como si éstos fueran un defecto del buen hablar, su defensa tiene la autoridad de provenir de alguien muy conocedor de su pueblo; ...debo decir aquí., que el pueblo de

Venezuela es un pueblo al que mueven espiritualmente dos motores esenciales, la emoción y la gracia... Nadie le puede pedir... que sea un genio, pero lo cierto es que cuando él se ríe con ganas, se siente más honrado todavía de lo que es, y que cuando él llora con ganas, tiene la plenitud de su honradez. Y a mí me ha parecido siempre... que esos oradores simplemente dramáticos, que no tienen una sola fibra que haga reír a nadie, que no mueven al pueblo ni al llanto ni a la risa, sino que se ciñen a una descripción trágica y a una actitud trágica,. esos oradores son muy fastidiosos.

Al defender el inciso constitucional que autorizaba al Presidente para ordenar el arresto de los conspiradores lo comparó con la disposición de la constitución anterior, que decía-, "podrá arrestarse", sin determinar quién podía emitir la orden de arresto; lo cual le valió el siguiente comentario; "Este reflexivo (arrestarse) es el reflexivo más irreflexivo que yo he visto".

En un mitin distinguió los hombres del parlamento (los que parlaban) de los hombres del firmamento (los que se conformaban con firmar los recibos de sus dietas). A estos últimos los llamó también "parlamentarios espiritistas", porque dormitaban con las manos puestas sobre los pupitres,

y a la hora de aprobar, alzaban una mano, que isi alzarán las dos, las mesas se levantarían como en los en los ensayos espiritistas y de esta manera (como los diputados y senadores de antes del 18 de octubre tenían que ir al Congreso vestidos con palto de levita), hacían de la levitación, la paltolevitación parlamentaria.

Otras veces condimentaba sus discursos con coplas de su invención como una que dijo en el Nuevo Circo

“Mano pancho llegó en burro  
a la mesa electoral,  
Mano pancho salió a pie  
y el burro de concejal.”

A lo largo de mi libro yo resalté esta faceta de su personalidad. Alguien, por agradarme, me dijo: Es la mejor biografía de Andrés Eloy Blanco", y yo le respondí! :“Esa apreciación suya es tan cierta como decir que el Mocotíes es el río más caudaloso de Tovar". No hay más.

La anterior es, viéndolo bien, un componente de la cuarta, faceta del orador popular Andrés Eloy Blanco, sobre ésta quiero profundizar, porque de allí hay que extraer las

lecciones válidas para el momento actual. El público de los mítines que en la década de 1940 acudía a las plazas públicas, era atento y callado, pues quería oír lo que decían en la tribuna. Ahora va a que lo oigan a él y, si algo escuchan, son canciones estruendosas. Al parecer, éstas suenan mejor que los discursos.

Los argumentos enunciados ante las masas, muy sencillas deben llegar a sus oídos, como llegaban las parábolas evangélicas, o como recibían los caraqueños esta explicación acerca del significado de la constitución Nacional. La constitución de un país debe ser como la cara, como el semblante de su pueblo. El hombre va cambiando, y su semblante va cambiando también. Las naciones, al impulso del progreso, también van cambiando; pero mientras los hombres se van poniendo viejos, las patrias se van poniendo jóvenes.

La constitución la va haciendo el pueblo. La patria es un taller. El pueblo es el alfarero y carpintero; él hace la constitución, él va haciendo la múcura a la medida, de su agua, él va llenándola de agua a la medida de su sed....más que cara y que múcura, la constitución es traje, y debe caer

en el cuerpo de la patria como un traje bien hecho en el cuerpo de una mujer hermosa... qué triste no será que una patria encuentre a otra con un traje que le venga corto, reventándose por las costuras, porque esta patria está lozana; o al revés, una pobre patria bailando dentro de una constitución que le viene grande, y a quien provoca decirle, "¡Pero Venezuela de mi alma por Dios, te estás muriendo de flaca".

Mi disertación ante ustedes atañe exclusivamente a la forma, no al fondo ideológico de los discursos de Andrés Bello. Si ella tuviera alguna pretensión académica, su destinataria no sería la academia de la Historia; sería más bien la de la Lengua. En consecuencia, no presten atención, señores, al contenido del párrafo que paso a citarles observen nada más que la trasparente claridad de la expresión y la gracia inherente a ella, que fue lo que sedujo a los millares de personas que llenaban hasta los bordes la plaza de toros de Caracas;

“¿Para qué se hizo la revolución? Fuera de sus proyecciones mayores, más vastas, pero; más remotas, está la proyección inmediata de la elección, lo que hizo crisis en la conciencia revolucionaria fue la deliberada intención de imponer al

pueblo un candidato presidencial que ni siquiera venia de la discusión sino de la caprichosa decisión de un gobernante. ¿Entonces ha debido realizarse también un gobierno de integración nacional? ¿Qué hubiéramos ganado con un gobierno de integración nacional en que Gallegos hubiera sido Ministro y a mi me hubieran nombrado presidente de un Estado y al otro gobernador, y siempre hubiera salido el doctor Biaggini de Presidente de la República? A veces parece como si se olvidara un poco qué el problema es el electoral. De allí va a salir todo. Hace días dije que la urna electoral era como la caja o como el sombrero de copa de un prestidigitador. El pueblo quiere escuelas, el pueblo quiere hospitales, el pueblo quiere caminos, el pueblo quiere libertad. Es allí, en la urna donde, así como el prestidigitador rompe un huevo y lo echa y después va sacando banderas, conejos, palomas, el pueblo va echando votos en las urnas y de esa siembra de votos va sacando banderas, escuelas, hospitales, todo, parece que algunos compatriotas olvidaran un poco que esto es lo fundamental en el empeño de formar parte del gobierno; una cosa, a veces tan desagradable como es formar parte del gobierno; como si Acción Democrática fuera una pareja que está

bailando con los militares y quieren pedirle una palomita y quitarle la pareja.

A esta cuarta virtud de su oratoria me permito llamarla la claridad y la gracia, de que hizo gala Andrés Eloy cuando hablaba a la gente, él mismo lo anunció en el exordio de ese discurso; "vengo a conversar un rato con mi pueblo en el idioma de mi pueblo".

Si el orador aspira a conquistar a los indecisos, y más aún, a los que están del lado contrario, la manera más segura de no conseguirlo es silenciar las faltas del enemigo, lo digo porque ciertos líderes muy circunspectos suponen que si se ataca de frente, pudiera ofenderse al que se busca ganar, con semejante blandenguería, los ubicados del lado de allá no se van a venir, y los que están del lado de acá dudarán si han de permanecer en su puesto. Andrés Eloy no utilizó eufemismos sino que llamó ladrones a los que robaban; porque la oratoria no es un arte para que la ejerzan los cobardes. La siguiente fue la pública denuncia proferida por él en su condición de opositor"...y robo, robo sin precedentes: un modo de robar propio de gente que va a caer, de ladrón que se aprésura a llevar lo más que puede, porque ya a sus oídos ha llegado le

sirena del coche policial", ¡ojalá que no se olvide esta otra lección suya!.

En 1947 no había televisión, pero un programa radial era sintonizado en todo el país, los debates de la Constituyente; mas he prometido dedicarme, al tribuno de plaza pública. En todo caso, los que utilizan la televisión pueden imaginarse a Andrés Bello no de pie en la tribuna del Nuevo Circo sino sentado en el estudio de una televisora, diciendo las frases tuyas que he citado. Si hay alguna ventaja en los medios de hoy en día es que ellos multiplican la posibilidad de llevar, de los labios del que habla al oído del que escucha, un buen decir que se cultiva desde hace dos mil quinientos años. Ese arte no lo inventaron los llamados comunicadores. No les pido a éstos que se remonten a los griegos anteriores a Cristo, sino que aprendan de este venezolano del siglo pasado, con el fin de que adviertan que no es tanta, la diferencia entre hablar a miles de espectadores y hablar a dos o tres personas, o a una sola, sentadas en sus casas frente al televisor.

La educación tiene que ver en esto. Antes en los institutos de secundaria y superiores, y en los seminarios, se seguían cursos de preceptiva literaria; ahora lo que seguían cursos de preceptiva literaria; ahora lo que enseñan son "técnicas de

comunicación", y ya sabemos que los técnicos, los puramente técnicos, pueden llegar a la luna y hasta Marte, pero no llegan al corazón del que los oye. ¿Estoy defendiendo la retórica? sí, porque la retórica es la que expresa a cabalidad las pasiones, y si no hay pasión, sino ideas desnudas, es inútil tratar de persuadir y menos de conmover.

La televisión es una tribuna grandiosa, superior a las levantadas en las magnas avenidas de las metrópolis. Si el que hace uso de ella es poeta, es sabio, es agudo, es valiente, no serán miles sino millones de almas las que, con sus cuerpos, marcharán por la ruta que les señale el índice del verdadero orador.

André Siegfried nos ofrece esta definición la verdadera elocuencia consiste en decir todo lo necesario, y no decir más que lo necesario". En este país la anti-oratoria consiste en hablar lo innecesario durante horas y horas, profiriendo chocarrerías, riendo de sus propios chistes, canturreando melopeas y revelando intimidades y funciones corporales. Ha sido una diaria tortura, una cadena atada a los tobillos, los oídos y los ojos de los pobres televidentes. ¿Será que hace dos mil cincuenta años esa tortura ya la habían inventado? porque Quintiliano escribe el siguiente



comentario. "Están muy engañados los que piensan; que es más agradable al pueblo y más acomodado para ganar aplauso el estilo vicioso y corrompido que, o resalta por lo silencioso de las expresiones, o está todo salpicado de conceptillos pueriles".

La propia charla por la televisión puede hacerse vehemente si en momentos oportunos alcanza no sólo el arrebatado sino el improntus que a veces inflamaba los discursos de Andrés Eloy, como éste que improvisó un primero de mayo en la plaza de El Silencio, donde habló en su condición de Presidente de la Asamblea Constituyente:

“Allí entre vosotros, compañeros, hay un hombre del pueblo que tiene entre sus manos un gallo criollo; allí, cada vez que una hermosa frase de un orador ha levantado el entusiasmo del público, este: hombre del pueblo ha levantado el gallo. Sabe el que también la Revolución es un gallo que no está dispuesto a perder la pelea. Y sabe finalmente... que esa Revolución, como el gallo criollo de ese viejo venezolano, tiene dos alas, que son las banderas que lleva en cada mano, y tiene un pico en la Asamblea Nacional Constituyente y tiene dos espuelas en el pueblo y en el ejército de la Revolución pero ahora creen algunos que pueden

entusiasmar al auditorio cuando alternativamente se inclinan y se enderezan en la tribuna; pareciera que estuvieran bailando los nuevos ritmos. Hay quienes se dirigen al público en la segunda persona del singular, como si el que los oye fuera uno solo y otros pronuncian sus frases sin vigor y con un cuchicheo propio de los desdeñados galanes de las telenovelas”.

La emoción sincera es contagiosa, y si a ella se agrega la imaginación. . . Ruego a ustedes que me perdonen la última cita que les traigo, la cual nos muestra la visión consoladora de Andrés Eloy y cuando contempló a su patria, después de tanto llanto, reconciliada en sus regiones y en sus habitantes....

“¡así, de lejos, por encima de ellas, cómo se ven las marchas! Las espadas, como agujas, las bayonetas, como agujas, la mirada en penumbra., como el pavón de las agujas; las banderas azules, rojas, blancas, amarillas, son grumos en el ojo de las agujas. Pero del ojo de la aguja viene prendido el hilo, el que viene del sur, cuerda de cuatro con cadencia de viaje sabanero, con largos ríos y largas voces de ordeño, de rumbo y de vaquería; el que viene de las costa es driza suelta en los chubascos y trae la

música infinita que se aprende en el tope de los masteleros; el que viene de la cordilleras, baja, como plomada, y hace cauce tenso para la mística de las altas disciplinas. Y todos: los hilos, con todas las agujas que pinchaban la carne de la tierra, se cruzaron mil veces, y al descansar las manos de la sombría bordadora, con hilos y con sangre, bordado está el pañuelo de secarse sus lágrimas la patria”.

Somos, Andrés Eloy, los hijos de esa patria que tú viste confortada y que durante un cuarto de siglo fue testigo del milagro de tu verbo y que a ella le devolvió la fe que había perdido; porque es la palabra de los taumaturgos lo que vuelve a la vida a los resignados a la muerte. Tú estuviste también a punto de sucumbir; pero quien tiene una buena nueva que anunciar, aunque sea por una vez lo perdona la muerte. Y los bienaventurados que te oyeron añoran la firmeza y el donaire con que les hablabas. Hoy son, Andrés Eloy, los que no te oyeron quienes deambulan en el desaliento, y no hay otra luz sino la tuya la que puede alumbrar a los guías de hoy, que, aunque saben cuál es el norte de sus luchas, ignoran los caminos para llegar a él. ¡Envuélvelos en tu gracia, trasmíteles tu sapiencia., enséñales la puntería con que afinabas tus disparos

oratorios, precísalos a llamar las cosas por sus paros oratorios, precísalos a llamar las cosas por sus nombres, adviérteles que son un millón de oídos los que están abiertos ante ellos, imprégnalos del coraje que te acompañó hasta el final !. Qué sólo fue el final de aquella vida tuya tronchada hace cincuenta y seis años; porque tu verbo no se ha extinguido. Te lo reclama la urgencia, de este pueblo que ha extraviado su rumbo, para que tu palabra en boca de nuevos oradores, alegre las almas, temple las voluntades, conmueva los corazones. Es tu tierra, Andrés Eloy, la que lo clama.